

que para ellos no comenzará! . . . ¡La Gloria! . . . Olvidan que los deseos de un año bueno son palabras vanas que se lleva el viento si no confían su realización á Aquel que reina allá en la Gloria! ¡La Gloria, en fin! No piensan que se infunde valor al ánimo para aceptar las miserias del año que empieza, cuando se sabe que la oración de los seres amados está allí para sostenernos en el camino y acompañarnos hasta la puerta de aquella hermosa mansión en donde la felicidad no acaba nunca.

Nuestros mayores expresaban todo eso en su breve felicitación, y tú, mi Pedro, lo has sabido conservar fielmente como un tesoro de tus abuelos. ¡Bien! ¡Mil veces bien! . . . ¡Que no estuvieras aquí para darte un apretado abrazo! . . . Mas . . . cuenta con que, si la cosecha fuese mala en este año, tendrás un amo que te ayudará á soportar tus penas; y podrás decir también á tu inocente María Rosa, que tendrá, como aguinaldo de año nuevo, su vestido de Primera Comunión.

En cuanto á vosotros, mis guapos sobrinos y sobrinas, os daré, os daré vuestras pascuas, si señor; porque estoy cierto de que vuestro corazón es menos malo que vuestro modo de decir. Pero cuando vengáis á verme ya me acordaré de daros una leccioncita de estilo epistolar. Y en apoyo de mi lección os he de presentar un modelo, no de señorones académicos, sino de Pedro mi Mayordomo.

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)



EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.^o EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V. V. 4.

DOCTRINA

(CONTINUA.)

Conocidas la esencia y la constitución de la Iglesia, vamos á dar á conocer brevemente sus principales prerrogativas: Jesucristo le dió estas dos: la perpetuidad y la infalibilidad.

Perpetuidad.—La Iglesia no puede ser destruida; existirá siempre, porque Jesucristo prometió estar con ella todos los días, sostenerla y defenderla: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* (San Mateo XVI. 18.)

El cumplimiento de esta promesa es visible y manifiesto. Diez y nueve siglos cuenta de fundada la Iglesia. En el transcurso de este largo período de tiempo, cuántos imperios y dinastías han pasado y se han reducido á la nada! Las instituciones humanas están sujetas á variaciones continuas y á continuos reveses; no así la Iglesia, que es el reino de Dios, y se mantiene firme, estable, desde su origen, en medio de tantas convulsiones que han cambiado la faz de la tierra cien y cien veces, en medio de las

más feroces persecuciones suscitadas para derrocarla, en medio del furor de los herejes y de la perversidad de un grande número de los mismos católicos. En verdad que aunque otras pruebas no tuviésemos, esta sola consideración es bastante para convencernos de que la Iglesia es obra de Dios, y por tanto la única verdadera Iglesia de Jesucristo. Además, esta misma existencia y subsistencia de diez y nueve siglos nos sirve de garantía para lo futuro; y como ha durado hasta el presente día, durará hasta la consumación de los siglos.

No queremos decir con esto que la Iglesia haya de subsistir siempre en todos los lugares en que está actualmente; porque es de fe que perseverará todos los siglos en el mundo, pero no que habrá de mantenerse en los mismos lugares para siempre: antes por el contrario, Jesucristo amenaza terminantemente con retirar su reino de una comarca y llevarlo á otra en donde fructifique mejor. *Os digo que quitado será el reino de Dios, y será dado á un pueblo que haga los frutos de él.* (San Mateo, XXI. 43) Lo que ya ha acontecido á diferentes naciones y provincias, en un tiempo católicas, ahora heterodoxas y cismáticas; y que puede acaecernos á nosotros y nos acaecerá si no trabajamos por preservar nuestra alma de las máximas erróneas y contagiosas, y sobre todo corresponder con la santidad de nuestras costumbres á la santidad de nuestra religión.

La infalibilidad.—No puede la Iglesia caer en el

error ni cuando enseña ni cuando dirige á los fieles, porque Jesucristo prometió estar siempre con ella para conducirla é ilustrarla: *Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo.* (San Mateo XXVIII. 20.)

De allí nace la estrecha obligación en que estamos de docilitarnos á sus disposiciones y de someterle por completo nuestra fe, creyendo todo cuanto nos propone, y ejecutando todo cuanto nos ordena. Verdad es que nuestra fe se apoya en último término, en Dios solo y su palabra divina; por lo cual no decimos en el Símbolo: *Creo en la Iglesia católica*, como si decimos: *Creo en Dios*; sino que nos limitamos á decir: *Creo la Iglesia católica*. Porque ésta, la Iglesia, es el medio segurísimo, infalible, de que se sirve Dios para darnos á conocer, sin peligro de error, los artículos revelados por él, y quiere que nos sujetemos en todo á la enseñanza de la misma Iglesia, bajo pena de ser tenidos por gentiles y publicanos.

Así pues, si se os pregunta por qué creéis, v. gr., que hay un solo Dios verdadero en tres personas, responderéis: lo creo, porque Dios, sabiduría y veracidad infinita, lo ha revelado: Si ahora se os pregunta cómo sabéis que Dios lo ha revelado, diréis: porque la Iglesia, maestra infalible de verdad, así me lo enseña. Tal es el sentido de aquellas palabras de San Agustín citadas antes: *No creyera yo en el Evangelio, si no me obligase á ello la autoridad de la Iglesia Católica*; porque solamente de la Iglesia po-

demos recibir con seguridad el cánon de las santas Escrituras divinamente inspiradas y su interpretación cierta.

De lo que hemos expuesto hasta aquí se deduce que es para nosotros un beneficio inmenso el ser hijos de la Santa Iglesia, que hace las veces de una madre amorosa, porque no contenta con habernos dado en el bautismo una nueva vida, nos acompaña durante la vida entera para ayudarnos de todas maneras, con los sacramentos, el perpetuo y augusto sacrificio, las oraciones, las indulgencias, las instrucciones; después, en el momento de la muerte, cuando ya es inútil todo cuanto nos rodea, nos acompaña con sus recomendaciones hasta ponernos en las manos de Dios á quien debe volver nuestra alma; cuando ya hemos desaparecido, lejos de abandonarnos, piensa en nosotros y solicita con sus sufragios nuestra libertad de la cárcel del purgatorio; ella guarda, en fin, nuestro recuerdo cuando ya todos los demás nos han echado en completo olvido. ¡Oh! ¡Cuánto debemos á esta madre tan buena y tan previsoras! Seámosle, pues, reconocidos y demostrémosle nuestra filial gratitud respetándola, obedeciéndola y amándola.

Respetándola, esto es, siendo atentos y deferentes con sus ministros, con sus sacerdotes y con sus pastores. Nunca jamás se advierta en nosotros ese aire de desprecio, de aversión y de hostilidad que se mira en muchos para quienes no hay objeto más odioso que una sotana; porque semejante proceder es signo

inequívoco de un libertinaje desmedido, de una fe enteramente muerta.

Obedeciéndola, á saber, recibiendo sus enseñanzas todas como regla invariable de nuestra creencia, sometiéndonos á sus órdenes y mandatos, siempre venerables, porque de Dios reciben su fuerza y su autoridad, sobre todo en lo concerniente á los ayunos y abstinencias, cosas en que muy poco se pára la atención en nuestros días.

Amándola, deseando ardientemente su gloria, su auge, su exaltación; deseo justísimo y muy legítimo, pero ¡ay! cuán desconocido de los cristianos libertinos é incrédulos que nada anhelan tanto como la desaparición de la religión y de la Iglesia: ¡hasta tales extremos llega en nuestros infelices tiempos la depravación de las costumbres!

Pasemos ahora al punto principal, esto es, á estudiar si la *Iglesia Católica Romana* es la sola verdadera Iglesia, la sola en la cual se puede hallar salvación.

Existen en el mundo diferentes sectas, religiones, iglesias: nosotros afirmamos que la nuestra es la verdadera; pero lo mismo exactamente dicen el judío, el mahometano, el protestante, etc., etc. ¿Diremos que todas son igualmente verdaderas? — No; esto no es posible; porque esas religiones no hacen más que condenarse recíprocamente y están en el más completo desacuerdo en su creencia, en sus máximas y en sus prácticas religiosas.

En el fondo, la verdad es una, como uno es Dios

mismo, y la verdad no puede avenirse con esta oposición y esta contrariedad de cultos. Ahora bien, ¿cómo haremos para distinguir, entre todas, la Iglesia verdadera? A la verdad que Dios no podía dejarnos en la perplejidad, tratándose de un punto de capital importancia como es este, en que se trata nada menos que de nuestra eterna salvación. El camino que lleva á Él debe ser manifiesto á todos, y tal, por consiguiente, que cada uno pueda verlo y reconocerlo. Tanto es así, que el Señor quiso que su Iglesia fuese tan visible como una ciudad colocada en la cúspide de la montaña, y para ponerla ante los ojos de todos la señaló con tales caracteres, que los hombres de todas condiciones, sabios ó ignorantes, la pudiesen fácilmente reconocer y distinguir de las falsas Iglesias que conducen á la perdición.

Ocupémonos, pues, de estos caracteres.

El Símbolo de los Apóstoles no señala más que dos: *santa* y *católica*, pero el de la Misa que es más explícito, marca cuatro, á saber: *una, santa, católica* y *apostólica*. Si estos caracteres convienen perfecta y únicamente á la Iglesia romana, ésta, con exclusión de todas las demás, es la verdadera Iglesia de Cristo. Examinémoslos uno por uno. (CONTINUARÁ.)

MORAL

LA CARIDAD.

(CONTINUA.)

Así pues, Jesucristo nos enseña á amar haciéndose nuestro hermano compasivo y tierno; sin acepta-

ción de personas, por todos nace, por todos vive, por todos padece, por todos muere en una cruz.— Desde entonces, el mundo con sus honores y riquezas y placeres fué hollado, despreciado y vencido, y sobre sus despojos se levantó el estandarte de la nueva grandeza, la grandeza de la caridad. Esta divina virtud es un fuego divino que consume nuestro corazón en holocausto sublime; hace que sacrificados y muertos para nosotros mismos, vivamos para Dios y para la salvación de las almas de nuestros hermanos; se complace en la pobreza, en los desprecios y en las humillaciones.

Escogió el Divino Maestro á doce humildes y despreciables pescadores para que fuesen sus discípulos y esparciesen después por todo el mundo la semilla del Evangelio: así abate al necio orgullo de los sabios del siglo, así sublima la humildad de los pequeñitos: *abscondisti hæc a sapientibus et prudentibus et revelasti ea parvulis*; así prepara el camino á la realización de sus altísimos fines.

Como Jesucristo quiere que la llama del amor consuma todos los corazones, por esto es que con toda la autoridad que le da el ser Dios y Redentor nuestro, impone un precepto que llama *suyo*. *Hoc est preceptum meum, ut diligatis invicem sicut dilexi vos*: Mi mandato es este: que os améis los unos á los otros como yo os he amado. Sí, es propio y muy propio de Jesucristo exigir que la caridad úna á todos los corazones, cosa que ni soñaron los sabios antiguos. Al contrario, estudiando el gravísimo mal

y arduo problema de la esclavitud, creyeron que era necesaria y que estaba fundada en la misma naturaleza. Es también un nuevo precepto, porque desde la caída de nuestros primeros padres no se veía en la sociedad más que tiranía bajo esta ó aquella forma, pero tiranía al cabo.

Quiere finalmente Jesucristo, que el amor ó caridad fraternal sea como el distintivo, el timbre de nobleza de sus discípulos y seguidores: *In hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.*

Tiene la caridad fraterna una parte muy difícil, pero muy meritoria: hablamos del amor á los enemigos. Jesucristo es Dios verdadero, y su divinidad se revela en su doctrina y en sus obras: esto lo prueban aquellas palabras tan generosas, tan sublimes: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os calumnian y persiguen;» y si queréis una prueba aun más concluyente, acercaos á la cruz y oiréis de los labios de nuestro amoroso Redentor aquella oración tan consoladora para los pecadores: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.»

«Hay algunos, dice el Cardenal Belarmino, que suelen amar sólo á aquellos de quienes esperan alguna ventaja, honor ó provecho y que no saben amar desinteresadamente, y por tanto no aman de verdad y menos pueden amar á sus enemigos. Jesucristo nos ha amado con gratuito, verdadero, puro y sincero amor. Nos amó siendo sus enemigos, y por me-

dio de su muerte nos reconcilió con el Padre. Este es el amor de que nos habla el Apóstol, amor excelente, heroico, propio de cristianos: *Sed misericordiosos perdonándoos los unos á los otros, como Dios nos perdonó en Cristo:* y luego añade: *Sed, pues, imitadores de Dios como hijos muy amados: y andad en caridad, así como Cristo también nos amó, y se entregó á sí mismo por nosotros ofrenda y hostia á Dios en olor de suavidad.*

«Pero, diréis, no puede ser que yo ame á mi enemigo. Esto es contra la naturaleza, pues luego que le veo me turbo. El amor á los enemigos es, si queréis, contra la naturaleza, pero corrompida y depravada, no contra la naturaleza ayudada de la gracia de Dios. Nada es imposible á quien cree. Quien cree de verdad que el hombre, aunque enemigo, es creado por Dios, hecho á imagen de Dios, redimido con la sangre y muerte de Jesucristo, y que además su amor se nos ha mandado, ya no trabaja mucho para amar á los enemigos.

«Y ¿qué diremos de que todo el mundo nos exhorta con su ejemplo á amar á nuestros enemigos? ¿No ofendemos á Dios diariamente con todo género de maldades? Y sin embargo: *Hace nacer su sol sobre los buenos y sobre los malos, y hace descender su lluvia sobre los justos y sobre los pecadores.* En verdad que si Dios usara con sus siervos del derecho de guerra, como nosotros lo hacemos con nuestros hermanos, tras del primer pecado los elementos todos nos negarían su servicio y ayuda. La tierra no nos

sustentaría, el sol no nos iluminaría, el fuego no nos calentaría, el aire no se prestaría á la respiración. Pero nuestro Dios, cuyas misericordias carecen de número, no se porta de ese modo, sino que nos permite que gocemos de los elementos, aunque seamos sus enemigos. Además, Él nos da la vida, los movimientos, los vestidos, los alimentos, y prohíbe é impide que Satanás nuestro enemigo nos haga los daños que quisiera hacernos.

«A la tierra siempre la conculcamos, la hollamos, la cavamos y arrojamos sobre ella toda suerte de inmundicias: ella empero, enseñada por Dios, en cambio nos proporciona las yerbas, los frutos, el oro, la plata y todos los metales. Á las vides y los árboles entre las cosas que viven y no sienten, los despojamos anualmente de sus frutas y los podamos, y no obstante continúan dándonos sus uvas y sus productos. Entre los brutos animales, ved á los perros: á veces sucede que los azotamos con crueldad; mas ellos olvidándose de la injuria nos agasajan.

«Vengamos á los hombres: ¿no es cierto que Cayo César nada solía olvidar más que las injurias? ¿No es verdad que Pericles, como atestigua el gran San Basilio, que siendo ofendido é injuriado por un hombre plebeyo y advenedizo, le oyó todo un día lleno de paciencia; ya en la noche, encendió una tea y le llevó á su casa? Entre los Santos, ¿no se sabe que en la ley natural el patriarca José, vendido con la mayor crueldad por sus hermanos y casi muerto, no quiso vengarse de ellos sino colmarlos de bene-

ficios? Ya en la ley escrita, ¿no sucedió que el profeta David perdonó una y muchas veces á su implacable enemigo? Finalmente, en la nueva ley de gracia, Jesucristo, San Esteban, los Apóstoles todos, todos los mártires, todos los Santos merecieron este elogio. *Nos maldicen, asegura San Pablo, y bendecimos; nos persiquen, y lo sufrimos; somos blasfemados, y rogamos.*

«Pero, diréis, eran santos y perfectos los que hemos enumerado. Primeramente, ¿eran santos César y Pericles por ventura? Lo que ellos pudieron hacer por vanagloria ¿no lo podréis hacer vosotros por la verdadera gloria? En segundo lugar, José, David, Esteban, Pablo, eran santos, eran perfectos, lo confesamos; pero al cabo eran hombres, constaban de carne y hueso, tenían sentidos y sangre, y eran capaces de encolerizarse. En fin, eran santos y perfectos; mas tú también debes ser santo y perfecto, ó no has de entrar en el reino de los cielos. A todos se nos ha dicho: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Y: Sed imitadores de Dios como hijos muy queridos.*

«Diréis aún, es vergonzoso y por demás indigno el no vengarse. ¡Cosa admirable! Para Dios es glorioso perdonar ¿y para ti es indecoroso? ¿Es honroso para el Señor y vergonzoso para el siervo? ¿Quién entenderá esto? ¿Qué mayor y más elocuente elogio pudo hacerse de César que decir que peleando vencía á los hombres, y perdonando vencía á la victoria? Aristóteles afirmaba que son hombres

demasiado viles y despreciables los que no saben perdonar, y que es un estómago en exceso delicado el que no puede digerir las injurias.

«Dirás todavía: los hombres me señalarán con el dedo, me tendrán por mentecato y por tonto. Bien, y ¿qué importa? Déjalos hablar y hacer cuanto les plazca: si los necios te reprenden, en cambio, Dios, los ángeles, los hombres sabios afabarán tu conducta. Pregunto, si ante un juez disputases con otra persona por manera que todos los presentes dijese que tu causa se ha perdido y sólo el juez asegurase que has vencido, ¿no despreciarías y te reirías de todos aquellos que hablasen lo contrario? Así en nuestro caso, Dios dice que obras bien cuando amas á tus enemigos, y que esto te traerá á su tiempo grande ganancia y honor: ¿qué te importa lo que otros murmuren? *Sed imitadores de Dios, como hijos muy queridos.* Sois hijos de Dios Padre perfectísimo y bondadosísimo, ¿por qué queréis imitar á Satanás que es homicida desde el principio? No hay cosa más necia y más desgraciada que aquellos hombres que buscan la gloria en la venganza y entretanto no quieren parecerse á Dios, sino al verdugo que á nadie perdona.»

VIII

Ya que tratamos de la caridad del prójimo, haremos algunas reflexiones acerca de la *corrección fraterna*. Este es un punto interesantísimo de la moral cristiana: punto sobremanera necesario y práctico;

pero que no sólo se le descuida, sino que se le contraria por la inmensa corriente de escándalo que todo lo invade y que prepara y consuma la ruina de innumerables almas.

Traducimos de un libro viejo: «¿Por quién se ha de hacer la corrección fraterna? Se engañan y yerran gravemente los que creen que no deben tener solicitud ninguna por la salvación de sus semejantes. Esos suelen decir que cada uno está obligado á cuidar del propio bien y no del ajeno; pues que no hay que dar cuenta de las otras almas, sino de la nuestra. Así hablaba Caín: *¿Soy acaso custodio de mi hermano?* Y son semejantes á los fariseos, quienes al ir Judas arrepentido por la venta que había hecho de Jesucristo, no hicieron ningún esfuerzo para salvarlo y sólo le dijeron: *¿Qué nos importa? Tú lo verás.*

(CONTINUARÁ.)

VARIEDADES

LA ORACIÓN DE LA NOCHE EN COMÚN.

¿Cuántos son los miembros de esta dichosa familia? Cuento y son once: el padre, la madre, un criado, una criada y siete hijos.

Acabó el día, día de fatigas porque se ha trillado el trigo de la cosecha anterior, y es ya la hora de entregarse al bien merecido descanso. Mas, antes de dormir, la familia del mayoral recuerda que aun le falta un deber sagrado que cumplir.

Arrodillanse todos en derredor del fogón donde

lentamente se apagó el fuego que acaba de servir para preparar una cena frugal; la estancia se ve apenas iluminada por la humilde candela de resina que chisporrotea.

Un pequeño crucifijo de metal, recuerdo de una *misión* reciente, está colgado de la pared; abajo del crucifijo, una Virgen Dolorosa de barro, legado de los *antepasados*, y en derredor de esas efigies, candeleros de estaño; aquí y allá, otras imágenes piadosas que parecen ostentarse como en un altar y miran con amor á la casa y familia, completan la decoración del lugar.

¡Oh, qué cuadro más encantador!

El padre en medio de sus hijos: Juan, el primogénito, está á su derecha; Pedro, el segundo, á su izquierda con el criado José. La madre rodeada de sus hijas: María y Rosa á su derecha; Magdalena á su izquierda con Paulina la sirvienta.

Dos de los hijos están aparte: el niño Felipe, subido en un taburete para apoyar sus bracitos en el borde de la cama, mientras la pequeñita Eugenia, que se había quedado dormida en el mismo lecho, arrebujada entre los pliegues por su madre formados con la floreada sobrecama, se despierta, junta sus diminutas manos para volver á empezar su oración, mira al cielo y sonríe con los ángeles.

* * *

En aquel desmantelado recinto y bajo aquel humilde techo de bálago se eleva una voz grave y so-

lemue: la voz del jefe de familia. Parece la voz de los antiguos patriarcas, pontífices y padres á la vez.

Pongámonos en la presencia de Dios y adorémosle, dice el mayoral. Y ved allí esos rústicos transportados en espíritu hasta el trono del Rey de los reyes! ¡Así lo exige su deber y en eso estriba su grandeza! El impío se acuesta sin adorar á Dios. . . . ¿No hacen los perros otro tanto?

Demos gracias al Señor que nos ha creado, continúa el mayoral. . . . ;La gratitud es el más sagrado de los deberes! Los perros mismos tienen su manera de ser agradecidos. . . . El impío no: lo que demuestra que es peor que un animal.

Examinemos nuestra conciencia sobre el mal que hayamos cometido. . . . contra Dios. . . . contra el prójimo. . . . contra nosotros mismos. . . . Estos ignorantes saben la obligación que tienen de arreglar cuentas con su Creador al fin de cada día. . . . El impío no lo sabe ó finge ignorarlo: llega la noche y se echa en la cama como una piedra. . . .

Excitémonos al arrepentimiento de haber ofendido á Dios. . . . Hagamos propósito firme de no volver á pecar. . . . Estas gentes humildes se hieren el pecho, pero al mismo tiempo se sienten capaces de virtud y quieren de todas veras ser virtuosos. . . . El impío se harta de iniquidades y no siente remordimientos. . . . Su corazón es de perro. . . . ó de piedra. . . .

Encomendémonos á Dios, á la Santísima Virgen, á nuestro Ángel de Guarda y á los Santos. . . . El sueño es imagen de la muerte; la muerte es el último

sueño, y el último sueño puede venir ahora mismo: estos burdos saben esas cosas. . . . El impío mira la vida como un pasatiempo: se divierte de la mañana á la noche y de la noche á la mañana. . . . ¿los monos hacen por ventura otra cosa?

Roguemos por los vivos y por los fieles difuntos. . . .
Parientes, bienhechores, amigos, superiores de toda categoría, inferiores de toda clase, pobres, afligidos, pecadores, los que aun recorren el camino de la vida, los que ya terminaron la jornada y se encuentran detenidos en la cárcel del Purgatorio. . . . ; el aldeano hace memoria del mundo entero en su oración!

¡Qué magnífica *vuelta al mundo!*

¡Cuán grande nos parece el cristiano que así abraza en su caridad al universo todo! El impío se encierra en su estrecho egoísmo, como el caracol en su concha. Y es más pequeño que el diminuto molusco.

* * *

¿Son once, ó son doce en esta dichosa familia? . . .
Once veo . . . pero son doce. El duodécimo es Aquel que tiene dicho: *Donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.* (San Mateo XVIII. 20.)

Y la oración de la noche acaba suavemente bajo la bendición del Altísimo. Los ángeles de guarda cubren con sus alas á los moradores de la humilde cabaña; reina completo silencio, la candela de resina se extingue y. . . sobre los justos que duermen. . . vela Dios!

(SIMIENTES DEL PARAÍSO.)

EL CATECISMO

ORGANO

DE LA «CONGREGACIÓN DEL CATECISMO.»

Hæc est victoria que vincit mundum, fides nostra.
Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe.

1.º EPÍST. DE S. JUAN, CAP. V, V. 4.

DOCTRINA

(CONTINÚA.)

Unidad.—La Iglesia no puede ser verdadera si los fieles que la componen no están ligados y unidos entre sí de manera que no formen más que una sola sociedad, un todo perfectamente completo; así como la reunión de muchos miembros forma un solo cuerpo, la disposición de muchas piedras un solo edificio, y cierta cantidad de ovejas un solo rebaño.

Estas son las imágenes que emplea la Sagrada Escritura para indicarnos que la Iglesia es obra de Dios, cuyo distintivo propio es la concordia, así como del demonio lo es la discordia. Ahora bien, este carácter de la unidad conviene maravillosamente á nuestra Iglesia; porque por numerosas que sean las reuniones de fieles en toda la superficie del globo, por mucho que se multipliquen las iglesias particulares, iglesia de Italia, de Francia, de España, de Alemania, de México, etc., todas estas iglesias parciales, lo mismo que todos los fieles diseminados en el mundo entero, no forman más que un solo cuerpo,